

Seeking Landed Security in (De)Industrialized Detroit and (Post)Colonial Mexican Ejidos

Carrie Gammell & Samuel Maddox

ABSTRACT:

The utility of land as a form of security is nothing new; however, the exact interpretation of “security” has shifted during times of crisis. Landed security can mean grounds from which to extract resources; commodities to be bought, managed, and sold; tracts from which to draw sustenance; or spaces for habitation and community building. This essay explores conflicting fluctuations in the identity projected upon land, by both state and private interests, through the rise and fall of two specific patterns of land tenure: the suburbs of Detroit, Michigan and the agrarian, communal *ejidal* settlements of Mexico.

SEEKING LANDED SECURITY IN (DE)INDUSTRIALIZED DETROIT AND (POST)COLONIAL MEXICAN EJIDOS

To be “landed” is to have the right to possess, occupy, and defend one’s access to and value from land. The designation of land as “a security,” or an investment which defines a relationship of citizens to land in terms of either land access or value, provides a foundation for economic and civic participation and protection from de facto exclusion. Popular discourse around property regimes and their resultant exploitations and failures tends to focus on the United States. Domestic policies and practices would benefit from an international, comparative lens in order to document and elucidate alternative paths to landedness and security.¹ Throughout the world, and especially in the United States and Mexico, COVID-19 has ravaged communities that were already grappling with both the persistence of landed insecurity and long histories of racial discrimination. Evictions have emerged as the most common property-related risk associated with the COVID-19 pandemic in spite of the fact that access to adequate housing is essential to reduce the spread of the virus. Even before the pandemic, landed insecurity was a persistent humanitarian crisis in which the financial entanglements of opportunistic actors undervalue and thus overrun the physical embeddedness of established and often vulnerable communities.

Although the house-bespeckled tracts of land that were emblematic of suburban development in the postwar United States may seem worlds apart from the rural *ejidos* (communal agrarian lands) of post-revolutionary Mexico, these two systems of early-twentieth century land-use sorting have more in common regarding their spatial politics than the

En búsqueda de la Seguridad Territorial en el Detroit (Des)Industrializado y en los Ejidos Mexicanos (Pos)Coloniales

Carrie Gammell & Samuel Maddox

RESUMEN

La utilidad de la tierra como forma de seguridad no es nada nuevo; sin embargo, la interpretación exacta de “seguridad” ha cambiado durante tiempos de crisis. La seguridad territorial puede significar tener una tierra de donde extraer recursos; materias primas que se comprarán, gestionarán y venderán; terrenos de los que sacar sustento; o espacios para vivienda y construcción comunitaria. Este ensayo explora las fluctuaciones conflictivas en la identidad proyectada sobre la tierra, tanto por intereses estatales como privados, a través del auge y caída de dos patrones específicos de tenencia de la tierra: los suburbios de Detroit, Michigan y los asentamientos ejidales, comunales de México.

Estar “seguro territorialmente” es tener derecho a poseer, ocupar y defender el acceso y el valor de la tierra. La designación de la tierra como “una seguridad”, o una inversión que define una relación de los ciudadanos con la tierra en términos de acceso o valor de esta, proporciona una base para la participación económica y cívica, y la protección contra la exclusión de *facto*. El discurso popular sobre los regímenes de propiedad y sus consiguientes explotaciones y fracasos tiende a centrarse en los Estados Unidos. Las políticas y prácticas nacionales se beneficiarían de un lente comparativo e internacional para documentar y dilucidar caminos alternativos hacia la propiedad de la tierra y la seguridad.¹ En todo el mundo, y especialmente en los Estados Unidos y México, el COVID-19 ha devastado comunidades que ya estaban lidiando tanto con la persistencia de la inseguridad territorial, como también con largas historias de discriminación racial. Los desalojos se han convertido en el riesgo de propiedad más común asociado con la pandemia de COVID-19, a pesar de que el acceso a vivienda adecuada es esencial para reducir la propagación del virus. Incluso antes de la pandemia, la inseguridad de la tierra era una crisis humanitaria persistente en la que los enredos financieros de los actores oportunistas subestiman y, por lo tanto, sobrepasan el arraigo físico de las comunidades establecidas y, a menudo, vulnerables.

Aunque las extensiones de tierra, adornadas con casas, que fueron emblemáticas del desarrollo suburbano en los Estados Unidos de la posguerra pueden parecer mundos aparte de los ejidos

casual observer might imagine. In both countries, federal governments made great strides to protect the livelihood of their citizenry through specific uses of land amidst uneven development and in the wake of tense labor relations. In time, however, socio-spatial goals shifted with the rise of an increasingly global economic paradigm: Federal governments ceded control of land use to individuals with greater liquid capital who offered the promise of a rising tide through development that raised not only the quality of life of the general population but also bolstered the economic context in which they collectively operate. Localized interventions in deindustrialized Detroit responded to particular economic and demographic conditions in the city, while decentralized intervention across post-colonial Mexico responded to widespread land-use reform in the nation via the *ejido* system. In each case, speculation on the value locked within unused or so-called poorly managed land – as demanded through the rise of the entrepreneurial state and made possible through governmental complicity – now threatens the distribution of lands that federal governments once viewed as central to the livelihood of their citizenries.

DEVELOPMENT FROM A DISTANCE:

INDUSTRIAL MAGNATES AND THE SPANISH CROWN

In their 1846 text, *The German Ideology*, Karl Marx and Friedrich Engels viewed the state as a product of bourgeois social and economic interests. Two years later, Marx expounded on that idea in his polemic, *The Communist Manifesto*, when he argued that “the executive of the modern state is but a committee for managing the common affairs of the whole bourgeoisie” (Marx 1848). In other words, the nation state serves to realize and perpetuate the cultural hegemony and financial interests of the ruling class.

In the case of the American North, the top-down control that guided and shaped urban development was clearly vested in the industrialists, critically referred to as robber barons, who manipulated the supposedly free market and corrupted the federal government to streamline their own capital accumulation and expand their influence westward. Capitalism spatially segregated the bourgeoisie (i.e., the industrialists) and the proletariat (i.e., the workers), as industrialists used their newfound wealth to flee the noise and pollution of their own factories for quiet, tree-lined residential boulevards. Furthermore, they spent significant amounts of money to ensure that the state did not regulate the activities of big business. Thus, the manufacturing sector and the sociospatial formation of the nineteenth-century American city became inextricably linked.

As “the center of industrial gravity of the United States,” the Great Lakes region was both a destination for bulk cargoes and a magnet for

rurales (tierras agrarias comunales) del México posrevolucionario, estos dos sistemas de ordenación del uso de la tierra de principios del siglo XX tienen más en común con respecto a su política espacial de lo que el observador casual podría imaginar. En ambos países, los gobiernos federales hicieron grandes avances para proteger el sustento de sus ciudadanos a través de usos específicos de la tierra en medio de un desarrollo desigual, como consecuencia de tensas relaciones laborales. Sin embargo, con el tiempo, los objetivos socioespaciales cambiaron con el surgimiento de un paradigma económico cada vez más global: Los gobiernos federales cedieron el control del uso de la tierra a personas con mayor capital líquido que prometieron un crecimiento vigoroso a través del desarrollo que no solo elevó la calidad de vida de la población en general, sino que también reforzó el contexto económico en el que operan colectivamente. Las intervenciones localizadas en el Detroit desindustrializado respondieron a condiciones económicas y demográficas particulares de la ciudad, mientras que la intervención descentralizada en el México poscolonial respondió a la reforma generalizada del uso de la tierra en la nación a través del sistema ejidal. En cada caso, la especulación sobre el valor fijo en tierras no utilizadas o mal administradas – como se exigió a través del surgimiento del estado empresarial y se hizo posible a través de la complicidad gubernamental –, ahora amenaza la distribución de tierras que los gobiernos federales alguna vez consideraron centrales para el sustento de sus ciudadanos.

DESARROLLO A DISTANCIA:

MAGNATES INDUSTRIALES Y LA CORONA ESPAÑOLA

En su texto de 1846, “La ideología alemana”, Karl Marx y Friedrich Engels veían al Estado como un producto de los intereses económicos y sociales burgueses. Dos años más tarde, Marx expuso esa idea en su polémico, “El manifiesto comunista”, cuando argumentó que “el [poder] ejecutivo del estado moderno no es más que un comité para administrar los asuntos comunes de toda la burguesía” (Marx 1848). En otras palabras, el estado nacional sirve para realizar y perpetuar la hegemonía cultural y los intereses financieros de la clase dominante.

En el caso de los Estados Unidos, el control *top-down* guió, dio forma al desarrollo urbano y estaba claramente en manos de los industriales, llamados críticamente barones ladrones, quienes manipularon el mercado supuestamente libre y corrompieron al gobierno federal para racionalizar su propia acumulación de capital y expandir su influencia hacia el oeste. El capitalismo segregó espacialmente a la burguesía (es decir, a los industriales) y al proletariado (es decir, a los trabajadores), ya que los industriales utilizaron su nueva riqueza para

immigrants. Cities such as Buffalo, Pittsburgh, Cleveland, Detroit, Chicago, and Milwaukee grew steadily from their eighteenth-century foundations through the Second Industrial Revolution (Markusen 1991, 231). Lakes Superior, Michigan, Huron, Erie, and Ontario were connected to the Ohio River by the Ohio and Erie Canal, to the Mississippi River by the Illinois and Michigan Canal, and to the East Coast by the Michigan Central Railroad and the New York Central Railroad. Iron ore, coal, and limestone for the steel industry traveled southbound from the Great Lakes, while supplies, food, and coal traveled northbound from Appalachia. At the same time, the industrial workforce—Dutch, German, Polish, and Finnish immigrants eager to begin anew—easily accessed the great American manufacturing cities by boat or train from New England. In time, immigrants formed their own communities around epicenters of lucrative labor.

Classical economics flourished in the late eighteenth and early-to-mid nineteenth century, as capitalism emerged from feudalism and the Industrial Revolution led to vast societal changes. During this time, the United States transformed from a predominantly rural, agricultural nation into an urbanized, industrial nation. In his 1776 book, *The Wealth of Nations*, Adam Smith argued that the wealth of a nation is determined not by the monarchy's gold but by the nation's income. This scale of income, however, was predicated upon the division of labor and the constant flow of capital. Classical economists like Smith advocated for the freedom of the market and free trade over protectionism, both of which validated the supremacy of the private sector and laid the groundwork for monopolization and labor exploitation.

The rise of the Great Lakes' shipping, shipbuilding, and manufacturing industries in the nineteenth century led to the emergence of a new class of wealthy industrial magnates who depended on large, immigrant labor forces. Economic disparities between industrialists and workers grew exponentially. Railroad tycoons such as Charles Lang Freer, who made his fortune from the Peninsular Car Company, enjoyed lavish, leisurely lifestyles in mansions far from Detroit's industrial center, while railroad workers endured low wages and dangerous working conditions. Unions crusaded for the eight-hour working day and successfully abolished child labor. Later, in the twentieth century, the rise of the automobile industry led to the materialization of a new class of wealthy automotive magnates. Henry Ford of Dearborn, Michigan, a rural farming town ten miles outside Detroit, revolutionized the manufacturing of the automobile by introducing the concepts of the assembly line and mass production. In addition, he revolutionized labor relations with his high wage policy, which prevented massive turnover, raised productivity, lowered overall labor costs, and propelled the Model T

hacer del ruido y la contaminación de sus propias fábricas hacia bulevares residenciales tranquilos y arbolados. Además, gastaron importantes sumas de dinero para asegurarse de que el estado no regulara las actividades de las grandes empresas. En consecuencia, el sector manufacturero y la formación socioespacial de la ciudad estadounidense del siglo XIX se vincularon inextricablemente.

Como "el centro de gravedad industrial de los Estados Unidos", la región de los Grandes Lagos era, tanto un destino de carga a granel, como un imán para los inmigrantes. Ciudades como Buffalo, Pittsburgh, Cleveland, Detroit, Chicago y Milwaukee crecieron constantemente desde sus cimientos del siglo XVIII hasta la Segunda Revolución Industrial (Markusen 1991, 231). Los Grandes Lagos: Michigan, Hurón, Erie y Ontario estaban conectados al río Ohio por el canal Ohio y Erie, al río Mississippi por el canal Illinois y Michigan, y a la costa este por el ferrocarril central de Michigan y el ferrocarril central de Nueva York. El mineral de hierro, el carbón y la piedra caliza para la industria del acero viajaron hacia el sur desde los Grandes Lagos, mientras que los suministros, los alimentos y el carbón viajaron hacia el norte desde los Apalaches. Al mismo tiempo, la fuerza laboral industrial —inmigrantes holandeses, alemanes, polacos y finlandeses ansiosos por comenzar de nuevo— accedía fácilmente a las grandes ciudades manufactureras estadounidenses en barco o tren desde Nueva Inglaterra. Con el tiempo, los inmigrantes formaron sus propias comunidades alrededor de epicentros de trabajo lucrativo.

La economía clásica floreció a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, cuando el capitalismo emergió del feudalismo y la Revolución Industrial condujo a grandes cambios sociales. Durante este tiempo, Estados Unidos pasó de ser una nación predominantemente rural y agrícola a una nación industrializada y urbanizada. En su libro de 1776, "La riqueza de las naciones", Adam Smith argumentó que la riqueza de una nación no está determinada por el oro de la monarquía sino por los ingresos de la nación. Esta escala de ingresos, sin embargo, se basaba en la división del trabajo y el flujo constante de capital. Los economistas clásicos, como Smith, abogaron por la libertad del mercado y el libre comercio sobre el proteccionismo, lo que generó una validación de la supremacía del sector privado y sentaron las bases para la monopolización y la explotación laboral.

El auge de las industrias de transporte, construcción naval y manufactura de los Grandes Lagos en el siglo XIX condujo al surgimiento de una nueva clase de magnates industriales que dependían de una gran fuerza laboral inmigrante. Las disparidades económicas entre industriales y trabajadores crecieron exponencialmente. Magnates ferroviarios como Charles Lang Freer, que hizo su

to industry dominance.

Distinct from the United States, the top-down, hegemonic control that shaped the urban fabric of Mexico came from outside rule, specifically the Spanish Crown, rather than internally from manufacturing magnates. The convoluted system of land tenure that developed over the course of the nearly 300-year-long Spanish occupation of Mexican lands in part was politically imported from the old country's *encomienda* system, roughly equivalent to feudal vassalage, yet responded to indigenous systems of communal land use. Nevertheless, land use through the combination of labor relations and political precedent was heavily tempered by the unique and untenable spatiality of the extraction-oriented Spanish settlements (Chevalier 1963, vii–viii).

The mountainous geography that defines much of northern Mexico also defined the colonial conquest of the region; within the country's highland hills were the greatest reserves of silver that the world would ever see, the key to Spain's global economic dominance. From the mid-sixteenth to the mid-seventeenth century, New Spain produced more than one-third of the silver circulated around the world while simultaneously, and more locally, urbanizing tracts of land previously deemed unbuildable (Chevalier 1963, 4; "The Geography of Silver Mining" 2016). However, after one hundred years of extraction, the silver mines that once supported these new townships had run dry, leaving behind a labor class with no livelihood. In response, miners began acquiring more and more land, consolidating tracts into large estates called haciendas in order to pursue cattle ranching. Ranching did not immediately require particularly fertile land, but it allowed for the eventual possibility of converting land to agricultural use. Aside from generally being invested in productive land use, *encomenderos* found agriculture particularly appealing. *Encomenderos* had grown tired of tortillas, beans, and maize and craved the food of their homeland, particularly Castilian bread. Thus, they made the slow turn to farming, a legacy of direct cooperation with the land that would, in a post-revolutionary Mexico, stand as emblematic of equity across the nation (Chevalier 1963, 48–52 & 168).

The typology of the *hacienda* – from the Spanish *hacer*, "to make" or "to produce" – is firmly rooted in production. Large tracts of land were owned and developed by *hacendados* (vassals) but were operated, maintained, and worked mostly by indigenous serfs, a racial provision of the *encomienda* labor system that predated and permuted into the Mexican hacienda property system (Chevalier 1963, viii). Unlike an *encomienda*, which granted the *encomendero* no property rights, the *hacienda* operated on a Lockean principle of land ownership (Keith 1971, 431–32). In keeping with the etymology of the name, *hacendados* laid claim to their land because of labor, even if it

fortuna con la *Peninsular Car Company*, disfrutaban de un estilo de vida lujoso y relajado en mansiones alejadas del centro industrial de Detroit, mientras que los trabajadores ferroviarios soportaban salarios bajos y condiciones de trabajo peligrosas. Los sindicatos lucharon por la jornada laboral de ocho horas y abolieron con éxito el trabajo infantil. Más tarde, en el siglo XX, el auge de la industria del automóvil llevó a la materialización de una nueva clase de magnates de la automoción. Henry Ford oriundo de Dearborn, Michigan –una ciudad agrícola rural a diez millas de Detroit–, revolucionó la fabricación del automóvil al introducir los conceptos de línea de montaje y producción en masa. Además, revolucionó las relaciones laborales con su política de salarios altos, que evitó una rotación masiva, aumentó la productividad, redujo los costos laborales generales e impulsó el Modelo T al dominio de la industria.

A diferencia de los Estados Unidos, el control hegemónico *top down* que dio forma al tejido urbano de México provino del dominio externo, específicamente de la Corona española, más que internamente de magnates de la industria. El complicado sistema de tenencia territorial que se desarrolló en el transcurso de la ocupación española de tierras mexicanas durante casi 300 años fue en parte importado políticamente del sistema de encomiendas del antiguo país, aproximadamente con una equivalencia al vasallaje feudal, pero respondió a sistemas indígenas del uso de tierras comunales. No obstante, el uso de la tierra a través de la combinación de relaciones laborales y precedentes políticos fue fuertemente moderado por la espacialidad única e insostenible de los asentamientos españoles orientados a la extracción (Chevalier 1963, vii–viii).

La geografía montañosa que define gran parte del norte de México también definió la conquista colonial de la región; dentro de las colinas de las tierras altas del país se encontraban las mayores reservas de plata que el mundo jamás vería, la clave del dominio económico global de España. Desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII, la Nueva España produjo más de un tercio de la plata que circulaba en todo el mundo, mientras que simultáneamente, y de manera más local, urbanizaba extensiones de tierra que antes se consideraban no edificables (Chevalier 1963, 4; "The Geography of Silver Mining" 2016). Sin embargo, después de cien años de extracción, las minas de plata que alguna vez apoyaron a estos nuevos municipios se habían secado, dejando atrás a una clase trabajadora sin medios de vida. En respuesta, los mineros comenzaron a adquirir más y más tierras, consolidando extensiones en grandes propiedades llamadas haciendas para la ganadería. La ganadería no requirió proseguir con tierras particularmente fértiles, pero permitió la posibilidad eventual de convertir la tierra para uso

was not truly their own labor that was “mixed” with the land to produce property (Locke 1690, Sect. 27). Moreover, land grabs were commonly viewed as an opportunity to amplify personal and familial status and were couched in little more than pure ego. Usurpations were regularly much farther afield than could be practical: “Everyone, it seems, hankered after nobility, a state which required the cachet of land – the more land the more nobility – a phenomenon remarked by [Alexander von] Humboldt in 1803, all this regardless of its utility” (Chevalier 1963, vii–viii). In time, expansive estates grew out of step not only with the development of the burgeoning national identity of Mexico, including its frustrations with inequity and dictatorial rule, but also with the limitations set by Locke for private property, his only stipulation being that “there is enough, and as good, left in common for others” (Locke 1690, Sect. 27). This was clearly not the case at the turn of the nineteenth century in Mexico, where *haciendas* occupied almost all the arable land in many parts of the country, and an estimated one-half of the rural population lived and likely labored within their confines (“The Reform of Article 27” 1994, 327; Lagos and Goodman 2005, 31). The excesses of the landed gentry eventually led to the fall of this pervasive *latifundium* system, when the Mexican proletariat rose up in revolt under the cry of “*tierra y libertad*” (land and liberty) and established a modern democracy, reframing land rights across the country as a direct response (Alba 2021).

In both the industrial United States and colonial Mexico, urban development was driven by extraneous forces: Henry Ford along with his fellow business magnates and the Spanish Crown along with the *encomenderos*, respectively. Due to a lack of local embeddedness, urban development yielded monocultural spaces of production with the aim of only the most efficient returns on profit. In time, however, these extensive urban environments, predicated on the presupposition of the perpetuity of what were – and inevitably always are – very tenuous iterations of capital reproduction, produced great socio-spatial vulnerabilities for both the heart of America’s manufacturing sector and for the expansive *haciendas* of New Spain. Nevertheless, out of vulnerability and collapse often comes invention, and in the case of these two seemingly disparate developed contexts, the invention is security through changes in land use – or the designation thereof – implemented at the national scale.

**LAND USE AS NATIONAL SECURITY:
SUBURBANIZATION AND THE DEVELOPMENT OF THE
EJIDO**

In his 2010 book, *Seeking Spatial Justice*, noted postmodern political geographer and urban theorist Edward W. Soja asserts that “the spatiality of

agrícola.

Además de invertir, en general, en el uso productivo de la tierra, los *encomenderos* encontraron la agricultura particularmente atractiva.

Los *encomenderos* se habían cansado de las tortillas, los frijoles y el maíz, ansiaban la comida de su tierra natal, particularmente el pan castellano. Por lo tanto, dieron un giro lento a la agricultura, un legado de cooperación directa con la tierra que, en un México posrevolucionario, sería emblemático de la equidad en todo el país (Chevalier 1963, 48–52 y 168).

La tipología de la hacienda – del español “hacer”– está firmemente arraigada en la producción. Grandes extensiones de tierra pertenecían y eran desarrolladas por hacendados (vasallos), pero eran operadas, mantenidas y trabajadas principalmente por siervos indígenas, una disposición racial del sistema de trabajo de *encomienda* que precedió y permutó en el sistema de propiedad de la hacienda mexicana (Chevalier 1963, viii). A diferencia de una *encomienda*, que no concedía al *encomendero* ningún derecho de propiedad, la hacienda operaba según el principio lockeano de propiedad de la tierra (Keith 1971, 431-32). En consonancia con la etimología del nombre, los hacendados reclamaron su tierra debido al trabajo, incluso si no era realmente su propio trabajo el que se “mezclaba” con la tierra para producir la propiedad (Locke 1690, Sect. 27). Asimismo, el acaparamiento de tierras se consideraba comúnmente una oportunidad para amplificar el estatus personal como también familiar, y se expresaba en poco más que puro ego. Las usurpaciones eran regularmente mucho más lejanas de lo que podría ser práctico: “Todo el mundo, al parecer, anhelaba la nobleza, un estado que requería el prestigio de la tierra –cuanta más tierra, más nobleza– un fenómeno observado por [Alexander von] Humboldt en 1803, esto independientemente de su utilidad” (Chevalier 1963, vii–viii). Con el tiempo, las haciendas expansivas crecieron fuera de sintonía, no solo con el desarrollo de la floreciente identidad nacional de México, incluidas sus frustraciones con la inequidad y el gobierno dictatorial, sino también con las limitaciones establecidas por Locke para la propiedad privada, su única estipulación era que “hay suficiente, es igualmente bueno, dejado en común para los demás” (Locke 1690, Sect. 27). Claramente, este no era el caso a principios del siglo XIX en México, donde las haciendas ocupaban casi toda la tierra cultivable en muchas partes del país, y se estima que la mitad de la población rural vivía y probablemente trabajaba dentro de sus confines (“The Reform of Article 27” 1994, 327; Lagos y Goodman 2005, 31). Los excesos de la nobleza terrateniente finalmente llevaron a la caída de este sistema de *latifundio* dominante, cuando el proletariado mexicano se rebeló bajo el grito de “*tierra y libertad*” y estableció una democracia moderna, reformulando los derechos a



Figure 1a. postwar American suburbia

Figura 1a. suburbios norteamericanos de posguerra

human life must be interpreted and understood as fundamentally, from the start, a complex social product, a collectively created and purposeful configuration and socialization of space that defines our contextual habitat, the human and humanized geography in which we all live out our lives” (Soja 2010, 17–18). In the United States, the “social product” of spatiality has largely been defined by the federal subsidization of suburbanization. Suburbanization spatially segregated the racialized proletariat from each other, as the federal government subsidized the dispersion of both housing and industry under the guise of national security and financial prosperity. A new social class, the American middle class, emerged to fill the in-between urban-rural space.

The urbanization of the United States occurred over a period of many years, with the nation attaining urban-majority status between 1910 and 1920. In response to concerns over the effects of radical political agitation in American cities and the alleged spread of communism in the American labor movement, the U.S. Department of Labor launched the “Own Your Own Home” campaign in 1917. By encouraging homeownership outside the industrial city, the federal government guarded against possible labor strikes and uprisings, since those beset by monthly mortgage payments and home maintenance would have neither the time nor the means to join the picket line. The pine industry clearly echoed the U.S.

la tierra en todo el territorio del país como respuesta directa (Alba 2021).

Tanto en los Estados Unidos industrializados como en el México colonial, el desarrollo urbano fue impulsado por fuerzas externas: Henry Ford junto con sus compañeros magnates empresariales y la Corona española junto con los encomenderos, respectivamente. Debido a la falta de arraigo local, el desarrollo urbano generó espacios monoculturales de producción con el objetivo de obtener solo los rendimientos de ganancias más eficientes. Sin embargo, con el tiempo, estos extensos entornos urbanos, basados en la presuposición de la perpetuidad de lo que fueron, –e inevitablemente siempre son–, iteraciones muy tenues de reproducción del capital, produjeron grandes vulnerabilidades socioespaciales, tanto para el corazón del sector manufacturero de los Estados Unidos como para las haciendas expansivas de la Nueva España. Sin embargo, de la vulnerabilidad y el colapso a menudo surge la invención, y en el caso de estos dos contextos desarrollados aparentemente dispares, la invención es la seguridad a través de cambios en el uso de la tierra, –o la designación de estos mismos–, implementados a escala nacional.

**USO DE LA TIERRA COMO SEGURIDAD NACIONAL:
SUBURBANIZACIÓN Y DESARROLLO DEL EJIDO**
En su libro de 2010, *Seeking Spatial Justice* o “En



Figure 1b. post-revolutionary Mexican *ejidos*

Figura 1b. Ejidos mexicanos posrevolucionarios

Department of Labor's sentiments, as representatives insisted that the homeowner's "type of citizenship is an antidote for disintegrating influence, communistic or otherwise" (Vale 2007, 20). The father of modern American suburbia, William J. Levitt, even went so far as to say that "[n]o man who owns his own house and lot can be a communist. He has too much to do" (Lacayo 1998).

The Wall Street Crash of 1929 and the Great Depression led to a rise in home foreclosures and severely set back the federal government's push for homeownership. Responding to the nation's needs for relief, reform, and recovery, President Franklin D. Roosevelt enacted The New Deal, a series of programs, public work projects, financial reforms, and regulations. The National Housing Act of 1934 served as a solution to the poverty and insecurity that gripped the nation by making housing and home mortgages more affordable. Meanwhile, the Servicemen's Readjustment Act of 1944 encouraged millions of American families to move out of urban apartments and into suburban houses by offering low interest, zero-down-payment home loans to veterans. The implicit spatial security of suburbanization, as well as the affordability of the automobile, resulted in the blanketing of the American landscape with single-family developments.

After the Second World War, the United States government stoked renewed popular fears

la búsqueda de la justicia espacial", el célebre geógrafo político posmoderno y teórico urbano Edward W. Soja afirma que "la espacialidad de la vida humana debe interpretarse y entenderse fundamentalmente, desde el principio, como un producto social complejo, una creación colectiva con un propósito y una configuración determinada, además de una socialización del espacio que define nuestro hábitat contextual, la geografía humana y humanizada en la que todos vivimos nuestra vida" (Soja 2010, 17-18). En los Estados Unidos, el "producto social" de la espacialidad ha sido definido en gran medida por el subsidio federal de la suburbanización. La suburbanización segregó espacialmente al proletariado racializado entre sí, ya que el gobierno federal subsidió la dispersión, tanto de la vivienda, como de la industria, bajo la apariencia de la seguridad nacional y la prosperidad financiera. Una nueva clase social, la clase media estadounidense, surgió para ocupar el espacio intermedio entre lo urbano y lo rural.

La urbanización de los Estados Unidos ocurrió durante un período de muchos años, y la nación alcanzó el estatus de mayoría urbana entre 1910 y 1920. En respuesta a las preocupaciones sobre los efectos de la agitación política radical en las ciudades estadounidenses y la supuesta propagación del comunismo en el movimiento obrero estadounidense, el Departamento de Trabajo de Estados Unidos lanzó la campaña *Own Your Own Home* "Sea

of communist espionage and offered an alternative, dispersed spatialization as a protective solution. The Federal Aid Highway Act of 1956 established an interstate highway system in order to make coast-to-coast transportation more efficient and defend the United States from communist attack. By bulldozing Black and immigrant neighborhoods under the “urban renewal” program and encouraging a mobile society in the name of national security, the federal government sought to remove urban decay and promote prosperity. The explicit spatial security of the Interstate Highway System, according to President Dwight D. Eisenhower, “would change the face of America with straightaways, cloverleaf turns, bridges, and elongated parkways. Its impact on the American economy – the jobs it would produce in manufacturing and construction, the rural areas it would open up – was beyond calculation” (Eisenhower 1963). As the federal government subsidized both housing and infrastructure well beyond the city, the American middle class achieved a work life and home life separation which mimicked that of the bygone industrialists. Jobs remained plentiful, and wages continued to grow. For a time, financial prosperity enabled labor relations issues to fall by the wayside.

In Mexico, the process of achieving land security followed the Mexican Revolution (1910–1920), which was predicated on populist outrage over landlessness. The impetus of ensuring that individual property rights would never again eclipse societal wellbeing was chief among the concerns of the revolutionaries. In keeping with the demands of the peasants who led the revolt, the Constituent Congress of 1917 drafted Article 27 of the Political Constitution of the United Mexican States. Article 27 outlines the identity of land as, first and foremost, commonly held: “Ownership of the lands and waters within the boundaries of the national territory is vested originally in the Nation, which has had, and has the right to transfer title thereof to private persons, thereby constituting private property” (Const. Art. 27). Effectively, Article 27 finally made private property – the scorn of the revolutionaries – secondary to social wellbeing and cooperation. Their ideological groundwork made plain, the drafters of Article 27 proceeded to a much more tactical and aggressive posture, one calling for re-distributive justice:

The Nation shall at all times have the right to impose on private property such limitations as the public interest may demand, as well as the right to regulate the utilization of natural resources which are susceptible of appropriation, in order to conserve them and to ensure a more equitable distribution of public wealth. With this end in view, necessary measures shall be taken to divide up large landed estates; to develop small landed holdings in operation; to create new

dueño de su propia casa” en 1917. Al fomentar la propiedad de vivienda fuera de la ciudad industrial, el gobierno federal se protegió contra posibles huelgas y levantamientos laborales, ya que aquellos acosados por los pagos hipotecarios mensuales y el mantenimiento de la vivienda no tendrían ni el tiempo ni los medios para unirse al piquete de huelga. La industria del pino claramente se unió a los sentimientos del Departamento de Trabajo de EE. UU., ya que los representantes insistieron en que el “tipo de ciudadanía del propietario es un antídoto para la influencia desintegradora, comunista o de otro tipo” (Vale 2007, 20). El padre del suburbio moderno estadounidenses, William J. Levitt, llegó incluso a decir que “ningún hombre que tenga su propia casa y terreno puede ser comunista. Tiene mucho para hacer” (Lacayo 1998).

El desplome de Wall Street de 1929 y la Gran Depresión provocaron un aumento de las ejecuciones hipotecarias y retrasaron gravemente el impulso del gobierno federal por la propiedad de vivienda. Respondiendo a las necesidades nacionales de alivio, reforma y recuperación, el presidente Franklin D. Roosevelt promulgó “El nuevo trato” (*The New Deal*) una serie de programas, proyectos de obras públicas, reformas financieras y regulaciones.

La Ley Nacional de Vivienda de 1934 (*The National Housing Act*) sirvió como una solución a la pobreza y la inseguridad que se apoderó de la nación al hacer que la vivienda y las hipotecas de las propiedades fueran más asequibles. Mientras tanto, la Ley de Reajuste de los hombres en servicio militar de 1944 (*The Servicemen's Readjustment Act*) alentó a millones de familias estadounidenses a mudarse de apartamentos urbanos a casas suburbanas ofreciendo préstamos hipotecarios a bajo interés y sin pago inicial a los veteranos. La seguridad espacial implícita de la suburbanización, así como la asequibilidad del automóvil, dieron como resultado la cobertura del paisaje estadounidense con desarrollos unifamiliares.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de los Estados Unidos avivó los renovados temores populares al espionaje comunista y ofreció una especialización alternativa y dispersa como solución protectora. La Ley de Ayuda Federal de Carreteras de 1956 (*The Federal Aid Highway Act*) estableció un sistema de carreteras interestatales para hacer más eficiente el transporte de costa a costa y defender a los Estados Unidos del ataque comunista. Al arrasar barrios negros e inmigrantes bajo el programa de “renovación urbana” y alentar una sociedad móvil en nombre de la seguridad nacional, el gobierno federal buscó eliminar el deterioro urbano y promover la prosperidad. La seguridad espacial explícita del Sistema de Autopistas Interestatales, según el presidente Dwight D. Eisenhower, “cambiaría la cara de Estados Unidos con carreteras rectas, giros

agricultural centers, with necessary lands and waters; to encourage agriculture in general and to prevent the destruction of natural resources, and to protect property from damage to the detriment of society. Centers of population which at present either have no lands or water or which do not possess them in sufficient quantities for the needs of their inhabitants, shall be entitled to grants thereof, which shall be taken from adjacent properties, the rights of small landed holdings in operation being respected at all times. (Const. Art. 27)

Over the course of the next few decades, Article 27 led to the wide-scale implementation of the *ejido*, a system of communally governed agrarian land tenure based on usufruct rights – as opposed to private property – that was entirely constructed through federal redistribution of land to the commons. Initially, the rate of redistribution was slow. However, under President Lázaro Cárdenas del Río, the power of *ejidal* land reform was centralized to the office of the executive, and implementation began to take off. From 1934 to 1940, Cárdenas's government expropriated 17.9 million hectares of land from the *hacendados*, the rural elite, and redistributed it to 810,000 peasants, accomplishing more than all the previous administrations combined in the years since the Mexican Revolution. Cárdenas envisioned this massive resorting of land use “as a social system which [would not only liberate] the rural worker from the exploitation from which he [had] previously suffered, [but would also become] a system of agricultural production, with a large part of the responsibility for providing the food and supplies of the country” (Lagos and Goodman 2005, 48–49). In effect, Cárdenas's vision was to provide social security not through financial redistribution, as is the case in so many “developed” nations, but instead to provide opportunity as a source of security through the redistribution of lands for communal usage. The implementation of the *ejidal* system was so widespread that by the 1980s, over 28,000 *ejidos* existed across the nation, containing over three million households and comprising the majority of Mexico's arable land (“The Reform of Article 27” 1994, 327).

In both the United States and Mexico, federal governments advanced the concept of land tenure as a means of controlling and appeasing the populace. Suburban homeownership in the United States and *ejidal* usufructuary rights in Mexico provided an illusion of self-sufficiency and national security. As U.S. citizens built personal wealth through property rights and Mexican citizens benefited from agricultural subsistence through communal usufruct rights, their respective governments inculcated ideologically distinct perceptions of necessary landedness – or, an

en forma de trébol, puentes y avenidas alargadas. Su impacto en la economía estadounidense – los trabajos que produciría en la manufactura y la construcción, las áreas rurales que abriría – era incalculable” (Eisenhower 1963). A medida que el gobierno federal subsidiaba tanto la vivienda como la infraestructura mucho más allá de la ciudad, la clase media estadounidense logró una separación entre la vida laboral y familiar que imitaba la de los industriales de antaño. Los trabajos siguieron siendo abundantes y los salarios siguieron aumentando. Durante un tiempo, la prosperidad financiera permitió que los problemas de relaciones laborales se olvidaran en el camino.

En México, el proceso de lograr la seguridad territorial siguió a la Revolución Mexicana (1910-1920), que se basó en la indignación populista por la falta de tierra. El ímpetu de asegurar que los derechos de propiedad individuales nunca más eclipsarían el bienestar social fue una de las principales preocupaciones de los revolucionarios. De acuerdo con las demandas de los campesinos que lideraron la revuelta, el Congreso Constituyente de 1917 redactó el artículo 27 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. El artículo 27 describe la identidad de la tierra como, primero y, ante todo, de propiedad común: “La propiedad de las tierras y aguas dentro de los límites del territorio nacional se confiere originalmente a la Nación, que ha tenido y tiene el derecho de transferir el título de propiedad a personas privadas, constituyéndose así en propiedad privada” (Const. Art. 27). Efectivamente, el artículo 27 finalmente hizo que la propiedad privada – el desprecio de los revolucionarios – fuera secundaria al bienestar social y la cooperación. Una vez aclarada su base ideológica, los redactores del artículo 27 adoptaron una postura mucho más táctica y agresiva, que exigía una justicia redistributiva:

La Nación tendrá en todo momento el derecho de imponer a la propiedad privada las limitaciones que el interés público demande, así como el derecho a regular el aprovechamiento de los recursos naturales susceptibles de apropiación, con el fin de conservarlos y asegurar una distribución más equitativa de la riqueza pública. Con este fin, se tomarán las medidas necesarias para dividir los latifundios; desarrollar pequeñas propiedades en funcionamiento; crear nuevos centros agrícolas, con tierras y aguas necesarias; fomentar la agricultura en general, prevenir la destrucción de los recursos naturales y proteger la propiedad de daños en detrimento de la sociedad. Los núcleos de población que en la actualidad no tengan tierras ni agua o que no las posean en cantidad suficiente para las necesidades de sus habitantes, tendrán derecho a las subvenciones

urgency to define a relationship of citizens to land – in order to promote protectionist agendas of state security through people and social security through land.

**GLOBALIZATION AND THE ENTREPRENEURIAL STATE:
 WEAKENING GOVERNMENTS AND INCREASING
 PRIVATIZATION**

As land-use planning became increasingly global, accelerated flows of capital across international borders led to the creation of transnational real estate markets. According to geographer David Harvey, global wealth and power become centralized in the hands of a few entrepreneurs through the processes of privatization, financialization, management and manipulation of crises, and state redistributions. In his 2012 book, *Rebel Cities: from the Right to the City to the Urban Revolution*, Harvey argues that “left unregulated, individualized capital accumulation perpetually threatens to destroy the two basic common property resources that undergird all forms of production: the laborer and the land” (Harvey 2012, 80).

In the United States, globalization released the constraint of spatial stability – that is, the nationalization of business enterprise – and facilitated dramatic increases in the transnational mobility of capital, while post-Fordism emphasized new information technologies and the rise of the service economy. A new social class, the professional-managerial class, emerged. In 1973, the members of the Organization of Arab Petroleum Exporting Countries (OPEC) proclaimed an oil embargo, which caused an oil crisis, or “shock,” with many short-term and long-term effects on global politics and the global economy. The oil shock – along with increased competition from foreign markets, the end of the postwar boom, and increasing privatization – made mass production through the division of labor uncompetitive. As the United States transitioned from a Fordist manufacturing-based economy to a post-Fordist service-based economy, social inequalities between the new professional-managerial class (i.e., white-collar workers) and the established working class (i.e., blue-collar workers) became increasingly evident. Meanwhile, the federal government’s investment in “a whole new set of industries... led to an extraordinary shift in the nation’s industrial center of gravity away from the heartland” (Markusen 1991, 230).

As many once-booming manufacturing metropolises, such as Cleveland, Detroit, Buffalo, and Pittsburgh, dramatically slowed in the 1950s and 1960s, the greater region has struggled to adapt to new economic and demographic conditions. Many workers have fled the Great Lakes for the American West in search of employment in newer manufacturing industries. At the same time, many White residents

de la esta, que se tomarán de las propiedades adyacentes, respetándose en todo momento los derechos de las pequeñas explotaciones agrarias en funcionamiento (Const. Art. 27).

En el transcurso de las siguientes décadas, el artículo 27 condujo a la implementación a gran escala del ejido, un sistema de tenencia agraria de la tierra gobernado comunalmente basado en derechos de usufructo –en oposición a la propiedad privada–, que fue construida enteramente a través de la redistribución federal de la tierra a los bienes comunes. Inicialmente, la tasa de redistribución fue lenta. Sin embargo, bajo el presidente Lázaro Cárdenas del Río, el poder de la reforma agraria ejidal se centralizó en la oficina del ejecutivo y la implementación comenzó a despegar. De 1934 a 1940, el gobierno de Cárdenas expropió 17.9 millones de hectáreas de tierra a los hacendados, la élite rural, y la redistribuyó entre 810,000 campesinos, logrando más que todas las administraciones anteriores combinadas en los años transcurridos desde la Revolución mexicana. Cárdenas visualizó este recurso masivo del uso de la tierra “como un sistema social que [no solo liberaría] al trabajador rural de la explotación que [había] sufrido anteriormente, [sino que también se convertiría en] un sistema de producción agrícola, con una gran parte de la responsabilidad de proporcionar alimentos y suministros al país” (Lagos y Goodman 2005, 48–49). En efecto, la visión de Cárdenas era brindar seguridad social no a través de la redistribución financiera, como es el caso de tantas naciones “desarrolladas”, sino brindar oportunidades como fuente de seguridad a través de la redistribución de tierras para uso comunal. La implementación del sistema ejidal fue tan expansiva que, para la década de 1980, existían más de 28,000 ejidos en todo el país, que contenían más de tres millones de hogares y comprendían la mayor parte de la tierra arable de México (*The Reform of Article 27* 1994, 327).

Tanto en Estados Unidos como en México, los gobiernos federales propusieron el concepto de tenencia de la tierra como un medio para controlar y apaciguar a la población. La propiedad de una vivienda suburbana en los Estados Unidos y los derechos usufructuarios del ejidal en México proporcionaron una ilusión de autosuficiencia y seguridad nacional. A medida que los ciudadanos estadounidenses construyeron riqueza personal a través de los derechos de propiedad y los ciudadanos mexicanos se beneficiaron de la subsistencia agrícola a través de los derechos de usufructo comunales, sus respectivos gobiernos inculcaron percepciones ideológicamente distintas de la necesidad de la tierra –o la urgencia de definir una relación de los ciudadanos con la tierra–, a fin de promover agendas proteccionistas de seguridad

have fled the cities for the suburbs to self-segregate from Black residents who have increasingly bought houses in once majority-White neighborhoods. Detroit's population, in particular, is today only half of what it once was; during the first decade of the twenty-first century alone, the city lost 25.7 percent of its residents, more than any other formerly industrialized city. As a result, Detroit quickly became a national symbol of housing discrimination and residential segregation. In 2013, *The New York Times* described Detroit as a city of "700,000 people, as well as... tens of thousands of abandoned buildings, vacant lots and unlit streets" (Davey and Walsh 2013). In June of 2013, the municipal government stopped making payments on some of its unsecured debts, including public-sector pension obligations. Detroit's emergency financial manager was ultimately unable to negotiate with the city's creditors, unions, and pension boards and filed for Chapter 9 bankruptcy protection on July 18, 2013. As the municipal government failed to provide basic services to its taxpayers, the city unwittingly broke the public's trust and looked to the private sector for salvation.

In Mexico, the widespread effects of globalization came in large part with the signing of the North American Free Trade Agreement (NAFTA) in 1994. Acquiescence to the conditions of NAFTA came on the heels of decades of slowing agricultural production and declining economic performance throughout the country. Membership in NAFTA signified a seat at the table of global trade and an increasingly important role in international financial markets at a time when Mexico most needed it. As a condition of signing the treaty, however, Mexico had to make some significant changes to tariffs on crops – tariffs that contributed to crop-pricing controls and were part of the state's investment in the financial wellbeing of the countryside. The process of dissolving tariffs on crops signaled the disinvestment of the state in smaller local economies as a tradeoff for entry into a bigger economic pool. In keeping with its new neoliberal posture, the Mexican legislature then took aim at the *ejidos*, a major recipient of the subsidies now threatened by NAFTA (Lagos and Goodman 2005, 14–18).

In 1992, in preparation for joining NAFTA, the Mexican legislature voted to revise the 27th article of the constitution in order to allow for the dissolution of *ejidos* through privatization so long as deregulatory acts were deemed "in the wider social interest or for social benefit" ("The Reform of Article 27" 1994, 329). Since then, *ejidos* have slowly but surely been divided and lost through privatization, often being sold to private developers and, in turn, sold to elite foreign investors (Kelley 1994, 543–44). In the two years after the reform passed, the process of liquidating common lands was further accelerated by NAFTA.

estatal a través de las personas y seguridad social a través de la tierra.

GLOBALIZACIÓN Y ESTADO EMPRESARIAL: DEBILITAMIENTO DE LOS GOBIERNOS Y AUMENTO DE LA PRIVATIZACIÓN

A medida que la planificación del uso de la tierra se volvió cada vez más global, los flujos acelerados de capital a través de las fronteras internacionales llevaron a la creación de mercados inmobiliarios transnacionales. Según el geógrafo David Harvey, la riqueza y el poder global se centralizan en manos de unos pocos empresarios a través de los procesos de privatización, financiarización, gestión y manipulación de las crisis y redistribuciones estatales. En su libro de 2012, *Rebel Cities: from the Right to the City to the Urban Revolution*, Harvey argumenta que "la acumulación de capital individualizada y sin regular amenaza perpetuamente con destruir los dos recursos básicos de propiedad común que sustentan todas las formas de producción: el trabajador y la tierra" (Harvey 2012, 80).

En los Estados Unidos, la globalización liberó la restricción de la estabilidad espacial, –es decir, la nacionalización de las empresas comerciales–, y facilitó aumentos dramáticos en la movilidad transnacional del capital, mientras que el posfordismo enfatizó las nuevas tecnologías de la información y el surgimiento de la economía de servicios. Surgió una nueva clase social, la clase profesional-gerencial. En 1973, los miembros de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (*Organization of Arab Petroleum Exporting Countries* (OPEC)) proclamaron un embargo de petróleo, que provocó una crisis petrolera, o shock, con muchos efectos a corto y largo plazo en la política y en la economía global. La crisis del petróleo, –junto con el aumento de la competencia de los mercados extranjeros, el fin del *boom* de la posguerra y el aumento de la privatización–, hicieron que la producción en masa a través de la división del trabajo no fuera competitiva. A medida que Estados Unidos pasó de una economía fordista basada en la manufactura a una economía basada en servicios posfordistas, las desigualdades sociales entre la nueva clase profesional-administrativa (es decir, trabajadores de cuello blanco) y la clase trabajadora establecida (es decir, trabajadores de cuello azul) se hizo cada vez más evidente. Mientras tanto, la inversión del gobierno federal en "un conjunto completamente nuevo de industrias ... condujo a un cambio extraordinario en el centro de gravedad industrial de la nación lejos del corazón" (Markusen 1991, 230).

Mientras muchas metrópolis manufactureras que alguna vez estuvieron en auge, como Cleveland, Detroit, Buffalo y Pittsburgh, se desaceleraron drásticamente en las décadas de 1950 y 1960,

The agreement created a much more competitive agricultural market, often to the detriment of small-scale Mexican farmers, driving many communities of *ejidatarios* to contract with large-scale agricultural companies (Lagos and Goodman 2005, 83; Kelly 1994, 561–70; Covert 2017, 152–53). The pivot toward international supply markets, including the importation of many goods and foodstuffs, and international tourism, including the establishment of Mexico's National Fund for Tourism Development (FONATUR) in 1973, played a significant role in shifting the occupancy of historically *ejidal* lands from poor and indigenous Mexican nationals to American tourists and elderly expatriates – individuals less likely to learn Spanish, intermarry, or otherwise enmesh themselves in the community (Buchenau 2001, 43; OECD 2017; Covert 2017, 164–65).

This is exactly what happened to Ejido de Zihuatanejo in 1973, when the Mexican government, through FONATUR, expropriated its landholdings in order to develop the Ixtapa–Zihuatanejo region for tourism. In exchange for the nearly 1,000 acres of land taken from the *ejidatarios*, then-president Luis Echeverría promised the *ejidatarios* two parcels each plus 20 percent of the profits from the sale of the land. Today, the lands once belonging to Ejido de Zihuatanejo are dominated by luxury homes, resorts, and golf courses; however, the government has yet to pay the *ejidatarios* for the land. Members of the

región ha luchado por adaptarse a las nuevas condiciones económicas y demográficas. Muchos trabajadores han huido de los Grandes Lagos hacia el oeste estadounidense en busca de empleo en nuevas industrias manufactureras. Al mismo tiempo, muchos residentes blancos han huido de las ciudades hacia los suburbios para auto-segregarse de los residentes negros que han comprado cada vez más casas en vecindarios que alguna vez fueron en su mayoría de blancos. La población de Detroit, en particular, es hoy la mitad de lo que fue; tan solo durante la primera década del siglo XXI, la ciudad perdió el 25,7 por ciento de sus residentes, más que cualquier otra ciudad anteriormente industrializada. Como resultado, Detroit se convirtió rápidamente en un símbolo nacional de discriminación y segregación residencial. En 2013, The New York Times describió a Detroit como una ciudad de “700.000 habitantes, además de... decenas de miles de edificios abandonados, lotes vacíos y calles sin iluminación” (Davey y Walsh 2013). En junio de 2013, el gobierno municipal dejó de realizar pagos de algunas de sus deudas no garantizadas, incluidas las obligaciones de pensiones del sector público. El gerente financiero de emergencia de Detroit finalmente no pudo negociar con los acreedores, los sindicatos y las juntas de pensiones de la ciudad y solicitó la protección por bancarrota del Capítulo 9, el 18 de julio de 2013. El fracaso del gobierno municipal al no brindar servicios básicos a sus contribuyentes



Figure 2a. post-industrial urban farm in Detroit

Figura 2a. suburbios norteamericanos de posguerra

Ejido de Zihuatanejo have protested the injustice for years, playing recordings recounting their history on loop in English and Spanish and carrying banners that translate to: "Tourist friend, you are walking on lands stolen by FONATUR from the Ejido de Zihuatanejo." Ongoing activism by *ejidatarios* from the former Ejido de Zihuatanejo has drawn support from the neighboring *ejidos* of Coacoyul, Agua de Correa and El Zarco, some with similar grievances, whose members now join in the protests (Paterson 2018).

In both Detroit and Mexico, globalization has adversely affected the working population. Systemic disinvestment in urban Detroiters through the combination of labor exploitation and suburban subsidization and systemic disinvestment in rural Mexicans through neoliberal land-use reform have left local communities reeling from increasing socioeconomic inequality. Corporations in Detroit have offshored labor and rejected unions to support their bottom line, while many *ejidatarios* in Mexico have dissolved their *ejidos*, seeking short-term economic payoffs to the detriment of long-term stability – the typical playbook, as it were, of neoliberal investment patterns. In Detroit, social security through land has been compromised; many residents have lost their jobs, and property values have plummeted due to deindustrialization and outmigration, respectively. In Mexico, usufructuary land has been parceled and platted in preparation for purchase. In both cases,

rompió involuntariamente la confianza del público y llevo a la ciudad a buscar la salvación en el sector privado.

En México, amplios efectos de la globalización se produjeron en gran parte con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994. La aceptación de las condiciones del TLCAN se produjo inmediatamente después de décadas de desaceleración de la producción agrícola y deterioro del desempeño económico en todo el país. La membresía en el TLCAN significó un asiento en la mesa del comercio global y un papel cada vez más importante en los mercados financieros internacionales en un momento en que México más lo necesitaba. Sin embargo, como condición para firmar el tratado, México tuvo que hacer algunos cambios significativos en los aranceles sobre los cultivos, aranceles que contribuían al control de precios de los cultivos y eran parte de la inversión del estado en el bienestar financiero del campo. El proceso de disolución de los aranceles sobre los cultivos señaló la desinversión del estado en las economías locales más pequeñas como una concesión para ingresar a un mayor fondo económico. De acuerdo con su nueva postura neoliberal, la legislatura mexicana apuntó a los ejidos, como uno de los principales receptores de los subsidios ahora amenazados por el TLCAN (Lagos y Goodman 2005, 14-18).

En 1992, en preparación para unirse al TLCAN,



Figure 2b. granja urbana postindustrial en Detroit

Figura 2b. ejido recientemente industrializado en Michoacán

citizens' loss of landed security, in terms of either land access or value, has engendered cynicism and a deep distrust in government, ultimately leading to the rise of supply-side economic policies that overwhelmingly favor businesses and the wealthy.

LOCALIZATION OF THE GLOBAL: URBAN FARMS AND ECO-EJIDOS

Dewar and Epstein note that “the loss of the strong manufacturing economy has weakened the economic links among many parts of the region and contributed to uneven development” in the form of “deteriorating infrastructure, loss of natural areas as suburban development spreads, differing impacts of national fiscal and economic policies, and varying connections to global markets and immigration streams” (Dewar and Epstein 2007, 109). Changes in land use, whether in practice or in name only, have disproportionately affected locally embedded communities. Local communities, in turn, search for ways to reassert control over their land, even in the face of global capital.

The Detroit of today stands as a shadow of its former self in the heart of the eroding American Rust Belt. “Rust” refers to deindustrialization – or economic decline, population loss, and urban decay – due to the shrinking of the region’s once-powerful industrial sector. Deindustrialized Detroit elicits nostalgia for a bygone time and place – specifically, the fame of the twentieth-century Motor City – and simultaneously inspires hope for mixed-use streetscapes and adaptive-reuse projects. In Detroit, top-down hegemonic control now comes from outside rule, as wealthy white suburbanites begin to redevelop the historic downtown. Meanwhile, sensing a threat to their livelihood, poor and minority urbanites attempt to preserve their underserved communities. Returning to the patterns of the Industrial Revolution, capitalism once again spatially segregates the bourgeoisie and the proletariat; billionaire businessmen spend significant amounts of money ensuring that the government is complicit in their activities.

Bedrock Detroit LLC is a full-service commercial real estate firm based in downtown Detroit specializing in the strategic development of urban cores. Bedrock’s portfolio contains around one hundred properties and, over the last eight years, has invested and allocated a total of \$5.6 billion into 82.7-percent-black Detroit (Feloni and Lee 2018). Bedrock’s owner, Dan Gilbert, lives in 86.2-percent-white Franklin, Michigan, a village known for its vintage downtown, nearby cider mill, and large, estate-style homes situated on ravines. Gilbert emphasizes that he has bought scores of downtown properties and spent several billion dollars of his own money to redevelop them, even arranging for his own surveillance team because he could not count on cash-strapped Detroit to provide one.

la legislatura mexicana votó para revisar el artículo 27 de la constitución a fin de permitir la disolución de los ejidos a través de la privatización, siempre que los actos de desregulación se consideraran “en el interés social más amplio o en beneficio social”. (“*The Reform of Article 27*, 994, 329”). En los dos años posteriores a la aprobación de la reforma, el TLCAN aceleró aún más el proceso de liquidación de tierras comunales. El acuerdo creó un mercado agrícola mucho más competitivo, a menudo en detrimento de los pequeños agricultores mexicanos, lo que llevó a muchas comunidades de ejidatarios a firmar contratos con empresas agrícolas a gran escala (Lagos y Goodman 2005, 83; Kelly 1994, 561-70; Covert 2017, 152–53). El giro hacia los mercados internacionales de suministro, incluyendo la importación de muchos bienes y alimentos, y el turismo internacional, al igual que el establecimiento del Fondo Nacional de Desarrollo Turístico de México (FONATUR) en 1973, desempeñaron un papel importante en el cambio de la ocupación de tierras históricamente ejidales de ciudadanos mexicanos pobres e indígenas a turistas estadounidenses y expatriados de edad avanzada, individuos con menos probabilidades de aprender español, casarse entre sí o involucrarse en la comunidad (Buchenau 2001, 43; OCDE 2017; Covert 2017, 164–65).

Esto es exactamente lo que le sucedió al Ejido de Zihuatanejo en 1973, cuando el gobierno mexicano, a través de FONATUR, expropió sus predios para desarrollar la región Ixtapa-Zihuatanejo para el turismo. A cambio de los casi 1,000 acres de tierra arrebatados a los ejidatarios, el entonces presidente Luis Echeverría les prometió dos parcelas cada una más el 20 por ciento de las ganancias de la venta de la tierra. Hoy en día, las tierras que alguna vez pertenecieron al Ejido de Zihuatanejo están dominadas por casas de lujo, complejos hoteleros y campos de golf; sin embargo, el gobierno aún tiene que pagar a los ejidatarios por la tierra. Los miembros del Ejido de Zihuatanejo han protestado por la injusticia durante años, reproduciendo grabaciones que relatan su historia en modo loop, tanto en inglés como en español, y portando pancartas que dicen algo como: “Amigo turista, estás caminando por tierras robadas por FONATUR al Ejido de Zihuatanejo”. El activismo continuo de los ejidatarios del antiguo Ejido de Zihuatanejo ha recibido el apoyo de los ejidos vecinos de Coacoyul, Agua de Correa y El Zarco, algunos con agravios similares, cuyos miembros ahora se unen a las protestas (Paterson 2018).

Tanto en Detroit como en México, la globalización ha afectado negativamente a la población trabajadora.

La desinversión sistémica en los habitantes urbanos de Detroit a través de la combinación de explotación laboral y subsidios suburbanos, y la desinversión sistémica en los mexicanos rurales a

However, Gilbert fails to mention that he has received corporate subsidies from the bankrupt city: In 2010, he received \$50 million in state tax breaks to relocate Quicken headquarters from the suburbs to downtown, and in 2017, he advocated a “transformational brownfield plan” in the Michigan legislature to collect taxpayer dollars for a skyscraper he wants to build on the former location of Detroit’s famous Hudson’s Department Store (Dalmia 2017).

As downtown Detroit undergoes rapid redevelopment, the land bordering downtown remains more vacant than active. Local residents find the vacant land useful for growing many varieties of fruits and vegetables and subsequently transform the empty lots into individual, community, and school gardens in addition to larger-scale farms like the Oakland Avenue Urban Farm in Detroit’s North End. Not unlike the *ejidal* system of usufructuary land-use sorting for the sake of subsistence, these urban farms or “agrihoods” – agriculture-centered collectives in the middle of urban neighborhoods – supply fresh produce and food education to underserved communities and help reverse decades of disinvestment (Perkins 2017).² The simultaneous redevelopment of downtown and agriculturalization of urban neighborhoods marks a citywide return to local spatial stability even as capital becomes increasingly global.

In most Mexican cities today, *ejidal* land is now the single most important source of urbanizable land, *tabulae rasae* for development (“The Reform of Article 27” 1994, 238). Many *ejidos* have fallen into disarray due to factors ranging from blatant governmental hostility or corrupt self-governance, often blamed on the *comisario ejidal* (ejido commissioner), to a constant inability to compete with larger agricultural producers. Because *ejidos* now lag behind the cities growing all around them – particularly in terms of infrastructure development including water and electricity – they are now widely considered an unviable, informal form of land tenure; subsequently, they are increasingly vulnerable to formalization via privatization (Lagos and Goodman 2005, 67–77). Furthermore, *ejidos* within urban territories are frequently developed extralegally by private actors, most often for housing, and thus conurbated with existing city fabric, producing urban sprawl.³ Estimates of illegal *ejidal* formalization are around 50 percent for most cities in Mexico (“The Reform of Article 27” 1994, 238).

In other parts of the country, like the idyllic peninsula of Baja California, which boasts clear geospatial benefits for tourism and development, the privatization of *ejidal* land has been even more rapid. Even before the 1992 land reform, *ejidatarios* were easily persuaded into the transnational real estate market, leasing their lands for American development as in the case of Ejido Colonia Esteban Cantú. The lease of Ejido Colonia Esteban Cantú, an

través de la reforma neoliberal del uso de la tierra ha dejado a las comunidades locales tambaleándose por la creciente desigualdad socioeconómica. Las corporaciones en Detroit han deslocalizado la mano de obra y han rechazado a los sindicatos para apoyar sus resultados, mientras que muchos ejidatarios en México han disuelto sus ejidos, buscando recompensas económicas a corto plazo en detrimento de la estabilidad a largo plazo, los libretos, por así decirlo, de los patrones de inversión neoliberales. En Detroit, la seguridad social a través de la tierra se ha visto comprometida; muchos residentes han perdido sus trabajos y el valor de las propiedades se ha desplomado debido a la desindustrialización y la emigración, respectivamente. En México, la tierra usufructuaria ha sido parcelada y planeado en preparación para la compra. En ambos casos, la pérdida de la seguridad de la tierra por parte de los ciudadanos, en términos de acceso o valor de la tierra, ha engendrado cinismo y una profunda desconfianza en el gobierno, lo que en última instancia ha llevado al surgimiento de políticas económicas que favorecen a la oferta y, de manera desproporcionada a las empresas y a los adinerados.

LOCALIZACIÓN DE LO GLOBAL: GRANJAS URBANAS Y ECO-EJIDOS

Dewar y Epstein señalan que “la pérdida de la solidez económica de la manufactura ha debilitado los vínculos económicos entre muchas partes de la región y ha contribuido a un desarrollo desigual” en forma de “infraestructura en deterioro, pérdida de áreas naturales a medida que se extiende el desarrollo suburbano, diferentes impactos de políticas fiscales y económicas nacionales, diversas conexiones con los mercados mundiales y las corrientes de inmigración” (Dewar y Epstein 2007, 109). Los cambios en el uso de la tierra, ya sea en la práctica o en su nombre, han afectado de manera desproporcionada a las comunidades localmente arraigadas. Las comunidades locales, a su vez, buscan formas de reafirmar el control sobre sus tierras, incluso frente al capital global.

El Detroit de hoy se erige como una sombra de lo que fue en el corazón del erosionado Cinturón de Óxido Estadounidense (o Cinturón Industrial). *Rust* (en español óxido) se refiere a la desindustrialización, o al declive económico, a la pérdida de población y la decadencia urbana, debido a la contracción del otrora poderoso sector industrial de la región. La Detroit desindustrializada suscita nostalgia por un tiempo y un lugar pasados – específicamente, la fama de la Ciudad del Motor del siglo XX –, y simultáneamente inspira esperanza los paisajes urbanos de uso mixto y proyectos de reutilización adaptativa. En Detroit, el control hegemónico top-down ahora proviene de una norma externa mientras los habitantes blancos ricos de los suburbios comienzan a rehabilitar el

ejido located eighty-five miles from the Mexican-U.S. border, ended in claims of illegal development due to the fact that not every rightful *ejidatario* had signed off on the transaction. Ultimately, the error led to the largest eviction in Mexico's history, dislocating 150 households and costing upwards of \$25 million. Many of the tenuous transactions involving *ejidos* have ended in what real estate agents and scholars often describe as "horror stories," wherein un-deeded property transactions result in evictions, reversals, and great financial loss, often for the expatriates living on the land (Kraul 1999; Weiner 2000). Even though the disaster of Ejido Colonia Esteban Cantú predates the 1992 reform, by nature of its scale and basis in communal property rights, it is the primary cautionary tale regarding *ejidal* development today. Nevertheless, as time passes since the 1992 reform, former fears are being forgotten, and *ejidos* are increasingly becoming prey to foreign exploitation ("The Reform of Article 27" 1994, 228–331).

One final consideration in thinking through the *ejido* as a system of land tenure in opposition to conventional property is its value to broader society. Beyond serving as a protection for the livelihood of campesinos (rural peasants) and a bulwark against inequity, *ejidos* today increasingly serve as environmental safe havens, protecting fragile ecologies from the ravages of capitalistic development ("The Reform of Article 27" 1994, 332). Ejido Luis Echeverría Álvarez demonstrates how politically backed, communally controlled spatialities can serve one of their original and most foundational purposes, "to regulate the utilization of natural resources which are susceptible to appropriation, in order to conserve them and to ensure a more equitable distribution of public wealth" (Const. Art. 27). Ejido Luis Echeverría Álvarez in Baja California Sur lies next to the Laguna San Ignacio, one of the very last untouched nurseries of the Pacific grey whale. *Ejidatarios* have been major actors in the push for conservation, granting easements on their lands and monitoring protections. Their actions have since been a boon for the *ejido* economically, resulting in a burgeoning eco-tourism industry and a shift toward community-backed holistic changes to waste management, artisanal crafts, small-scale farming, energy independence, and public education and health reform (Blair 2018). In effect, the Ejido Luis Echeverría Álvarez is experiencing a renaissance in the provision of landed security through the *ejidal* system – not as a fungible, financial asset, à la the neoliberal reform of Article 27, but as grounds for participating in the international service economy.

In both the United States and Mexico, urban redevelopment is determined at greater scales. The cycle of capitalist segregation repeats, as the wealthy once again exercise control over the space of the underserved. Detroit's inability to maintain

centro histórico. Entre tanto, al percibir una amenaza para su sustento, los habitantes de las zonas urbanas pobres y minoritarias intentan preservar sus comunidades desatendidas. Volviendo a los patrones de la Revolución Industrial, el capitalismo vuelve a segregar espacialmente a la burguesía y al proletariado; los empresarios multimillonarios gastan grandes cantidades de dinero para asegurarse de que el gobierno sea cómplice de sus actividades.

Bedrock Detroit LLC es una empresa de bienes raíces comerciales de servicio completo con sede en el centro de Detroit que se especializa en el desarrollo estratégico de núcleos urbanos. El portafolio de Bedrock contiene alrededor de cien propiedades y, durante los últimos ocho años, ha invertido y asignado un total de \$ 5.6 mil millones en un 82.7 por ciento en el Detroit negro (Feloni y Lee 2018). El propietario de Bedrock, Dan Gilbert, vive en Franklin, Michigan, un pueblo con un 86,2 por ciento de blancos, conocido por su centro histórico, un molino de sidra cercano y grandes casas, estilo finca, situadas en barrancos. Gilbert enfatiza que compró montones de propiedades en el centro y gastó varios miles de millones de dólares de su propio dinero para reconstruirlas, incluso organizando su propio equipo de vigilancia porque no podía contar con seguridad municipal, ya que Detroit tenía problemas de liquidez. Sin embargo, Gilbert no menciona que ha recibido subsidios corporativos de la ciudad en bancarrota: en 2010, recibió \$ 50 millones en exenciones de impuestos estatales para trasladar la sede de Quicken de los suburbios al centro de la ciudad, y en 2017, abogó por un "plan transformador de zonas industriales abandonadas" en la legislatura de Michigan para recaudar fondos públicos y construir un rascacielos en la antigua ubicación del famoso almacén Hudson de Detroit (Dalmia 2017).

A medida que el centro de Detroit experimenta una rápida reurbanización en el terreno que lo bordea, este permanece más vacío que activo. Los residentes locales le dan uso al terreno vacío para cultivar muchas variedades de frutas y verduras y, posteriormente, transforman los lotes vacíos en huertos individuales, comunitarios y escolares, además de granjas de mayor escala como *Oakland Avenue Urban Farm* en el vecindario North End de Detroit. No tan diferente al sistema ejidal de clasificación del uso de la tierra usufructuario en aras de la subsistencia, estas granjas urbanas o "agrihoods" –colectivos centrados en la agricultura en el medio de los vecindarios urbanos– suministran productos frescos y educación alimentaria a las comunidades desatendidas y ayudan a revertir décadas de desinversión (Perkins 2017).² La remodelación simultánea del centro de la ciudad y la agriculturización de los vecindarios urbanos marca un retorno a la estabilidad espacial local en toda la ciudad, incluso cuando el capital se vuelve cada vez más global.

En la mayoría de las ciudades mexicanas de hoy,

the infrastructure of suburban sprawl invites the return of Industrial Age corruption and the blurring of corporation and state. Meanwhile, Mexico's *ejido* system persists in bits and pieces around the nation, crippled by governmental disinvestment and elite privatization but not wholly gutted due to the system's key tenant of self-governance on a community scale. In both cases, the illusion of security through financialization persists, as foreign investors increasingly supplant the government in terms of real, regulatory, spatial protections that cannot be upended by shifts in the market. Nonetheless, there is a note of self-determinism that rings clear from both contexts in the form of Detroit's urban farms and the ecological turn taken by some *ejidos*. Usufructuary land rights, whether tactical and insurgent or constitutionally backed, are cropping up again with a renewed exuberance, staving off the pressures and the failures of privatization and instead providing for human flourishing as well as ecological soundness.

In conclusion, the sense of security that land provides – whether as places of habitation, tracts for subsistence, or spaces of economic production – is long established, ultimately leading to the private property regime that exists, or is being currently promulgated, across much of the world today. However, our understanding is beginning to shift: Whether by dint of catastrophic environmental threat or in response to the abuse of the commons by centuries of industrial and extractive processes, a return in ideology and practice to the paradigmatic resilience of landscape seems to be redefining the view of private property in the contemporary zeitgeist and reviving more necessarily collective, and even empathetic, enterprises of land tenure. Change is evidenced by the bottom-up, tactical emergence of Detroit's urban farms and the concurrent revitalization of the *ejido* as a system of environmental stewardship. While urban farming stands as a practical response to urban blight and a protest against rampant redevelopment for the benefit of the few, the *ejido* is finding a way to return to its origins as a stabilizing spatial force, both socially and ecologically. Both grassroots initiatives, based not only in the communal or collective land use but also in the nurturing qualities inherent in land, must be understood as a response to our current environmental crisis. As such, these initiatives emerge as some of the first semblances of a new "landed security" based not on necessary subsistence, claims of status, or even market value but an understanding of the actual insecurity that humans pose to the land and, by extension, to themselves.⁴ Borrowing from Bruno Latour, humans have moved beyond the national, through the global, and on to the planetary – in other words, a turn from an expansionist ideology toward a recognition of the finitude of the planet and its resources. State and private interests

la tierra ejidal es ahora la fuente más importante de tierra urbanizable, tabula rasa para el desarrollo ("The Reform of Article 27" 1994, 238). Muchos ejidos han caído en desorden debido a factores que van desde la evidente hostilidad gubernamental o el autogobierno corrupto, a menudo atribuido al comisario ejidal (comisionado ejidal), hasta la constante inhabilidad de competir con los productores agrícolas más grandes. Debido a que los ejidos se quedan atrás con respecto a las ciudades que crecen a sus alrededores, – particularmente en términos de desarrollo de infraestructura, incluyendo agua y electricidad –, por lo tanto, son ampliamente considerados una manera informal e inviable de tenencia de la tierra; esto conlleva a que cada vez sean más vulnerables a la formalización a través de la privatización (Lagos y Goodman 2005, 67–77). Además, los ejidos dentro de los territorios urbanos con frecuencia son desarrollados extralegalmente por actores privados, en su mayoría, para viviendas y, por consiguiente, conurban con el tejido de la ciudad existente, produciendo una expansión urbana³. Las estimaciones de formalización ejidal ilegal son alrededor del 50 por ciento para la mayoría de las ciudades de México ("The Reform of Article 27" 1994, 238).

En otras partes del país, como la idílica península de Baja California, que se jacta de tener claros beneficios geoespaciales para el turismo y el desarrollo, la privatización de tierras ejidales ha sido aún más rápida. Incluso antes de la reforma agraria de 1992, los ejidatarios fueron fácilmente persuadidos de ingresar al mercado inmobiliario transnacional, arrendando sus tierras para el desarrollo estadounidense, como en el caso del ejido Colonia Esteban Cantú. El arrendamiento del Ejido Colonia Esteban Cantú – situado a ochenta y cinco millas de la frontera entre México y Estados Unidos–, terminó en reclamos de desarrollo ilegal debido al hecho de que no todos los ejidatarios legítimos habían firmado la transacción. Al final, el error condujo al desalojo más grande en la historia de México, que desintegró a 150 hogares y costó más de \$25 millones. Muchas de estas frágiles negociaciones, las cuales involucran ejidos, han terminado en lo que los agentes inmobiliarios y los académicos a menudo describen como "historias de terror", como, por ejemplo, transacciones donde queda la propiedad sin escriturar y el resultado son desalojos, revocaciones y grandes pérdidas financieras, a menudo para los expatriados que viven en la tierra (Kraul 1999; Weiner 2000). A pesar de que el desastre del Ejido Colonia Esteban Cantú es anterior a la reforma de 1992, por la naturaleza de su escala y su base en los derechos de propiedad comunal, esta 'moraleja' es la principal advertencia sobre el desarrollo ejidal en la actualidad. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo desde la reforma de 1992, los temores anteriores se están

still find land squarely at the center of a sense of security; now, however, it is incumbent upon them to provide for and sustain land as a means of human and more-than-human flourishing (Latour 2018, 33–58).

ENDNOTES

- 1 Central to this discourse have been Matthew Desmond's *Evicted: Poverty and Profit in the American City* (New York: Crown Publishing Group, 2016) and Richard Rothstein's *The Color of Law: A Forgotten History of How Our Government Segregated America* (New York: Liveright Publishing Corporation, 2017). This discourse extends to social justice advocacy work, one example being the Eviction Lab at Princeton University.
- 2 Much has been written about the rise of urban farms and "agrihoods" in Detroit. See, for example: LaCroix, Catherine J. 2010. "Urban Agriculture and Other Green Uses: Remaking the Shrinking City." *The Urban Lawyer* 42, no. 2: 225–85; Crane, Jeff. 2018. "Raising Change: Community Farming as Long-Term Ecological Protest." In *The Nature of Hope: Grassroots Organizing, Environmental Justice, and Political Change*. Edited by Char Miller and Jeff Crane. Boulder: University of Colorado Press; Quizar, Jessi. 2018. "Working to Live: Black-Led Farming in Detroit's Racialized Economy." In *Racial Ecologies*. Edited by Nishime Leilani and Williams Kim D. Hester, 76–89. Seattle: University of Washington Press. While urban farms, like the Oakland Avenue Urban Farm in Detroit's North End, appear to be focused more on food security, "agrihoods," like the Michigan Urban Farming Initiative, also in Detroit's North End, appear to be focused more on land development.
- 3 Much has been written about the materiality of "enclosure" and the process of "enclosure" as one of "accumulation by dispossession" and, ultimately, neoliberal globalization. See, for example: Blomley, Nicholas. 2007. "Making Private Property: Enclosure, Common Right and the Work of Hedges." *Rural History* 18, no. 1: 1–21; Blomley, Nicholas. 2008. "Enclosure, Common Right and the Property of the Poor." *Social and Legal Studies* 17: 311–331; Vasudevan, Alex, et al. 2008. "Spaces of Enclosure." *Geoforum*, 39, no. 5: 1641–1646; Harvey, David. 2003. *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press. Furthermore, some of the discourse on "enclosure" explicitly examines these land grabs through a critique of colonialism. See, for example: Fields, Gary. 2011. "Enclosure Landscapes: Historical Reflections on Palestinian Geography." *Historical Geography* 39: 182–207; Fields, Gary. 2017. *Enclosure: Palestinian Landscapes in a Historical Mirror*. Oakland: University of California Press.

olvidando y los ejidos se están convirtiendo cada vez más en presa de la explotación extranjera ("The Reform of Article 27" 1994, 228–331). Una última consideración al pensar en el ejido como un sistema de tenencia de la tierra en oposición a la propiedad convencional es su valor para la sociedad en general.

Más allá de servir como una protección para el sustento de los campesinos y un baluarte contra la inequidad, los ejidos hoy sirven cada vez más como refugios ambientales seguros, protegiendo a las ecologías frágiles de los estragos del desarrollo capitalista ("The Reform of Article 27" 1994, 332). El ejido Luis Echeverría Álvarez demuestra cómo las espacialidades políticamente respaldadas y controladas comúnmente pueden servir a uno de sus propósitos originales y más fundacionales, "regular la utilización de los recursos naturales susceptibles de apropiación, con el fin de conservarlos y asegurar una distribución más equitativa de la riqueza pública" (Const. Art. 27). El ejido Luis Echeverría Álvarez en Baja California Sur se encuentra junto a la Laguna San Ignacio, uno de los últimos criaderos vírgenes de la ballena gris del Pacífico. Los ejidatarios han sido actores importantes en el impulso de la conservación, otorgando servidumbres en sus tierras y monitoreando las protecciones. Desde entonces, sus acciones han sido una bendición para el ejido económicamente, lo que desencadenó una creciente industria del ecoturismo, con cambios holísticos, respaldados por la comunidad, atendiendo la gestión de residuos, la artesanía, la agricultura a pequeña escala, la independencia energética, la educación pública y la reforma sanitaria (Blair 2018). En efecto, el Ejido Luis Echeverría Álvarez está experimentando un renacimiento en la provisión de seguridad territorial a través del sistema ejidal, no como un activo financiero fungible, al estilo de la reforma neoliberal del artículo 27, pero como base para participar en la economía de servicios internacional.

Tanto en los Estados Unidos como en México, la reurbanización se determina a escalas mayores. El ciclo de segregación capitalista se repite, ya que los ricos ejercen una vez más el control sobre el espacio de los desatendidos. La incapacidad de Detroit para mantener la infraestructura de la expansión suburbana invita al regreso de la corrupción de la era industrial y la borrosidad entre corporaciones y estados. Mientras tanto, el sistema ejidal de México persiste por pedazos en todo el país, paralizado por la desinversión gubernamental y la privatización de la élite, pero no completamente eviscerado debido al sistema clave de inquilino y de autogobierno a escala comunitaria. En ambos casos, la ilusión de seguridad a través de la financiarización persiste, ya que los inversionistas extranjeros suplantán cada vez más al gobierno en términos de protecciones espaciales reales y regulatorias que no pueden ser

4 In addition to urban farming, methods of retaining increases in value for the public in the United States include community land trusts, profit sharing arrangements, linkage fees, tax increment financing, and community benefits agreements. See also: Susan Fainstein. 2012. "Land Value Capture and Justice." In *Land Value Capture and Land Policies*. Edited by Gregory Ingram and Yu Hung Hong, 21–40. Cambridge, MA: Lincoln Institute of Land Policy.

trastocadas por cambios en el mercado. No obstante, hay una nota de autodeterminismo que suena claro en ambos contextos en la forma de las granjas urbanas de Detroit y el giro ecológico adoptado por algunos ejidos. Los derechos usufructuarios sobre la tierra, ya sean tácticos e insurgentes o respaldados constitucionalmente, están surgiendo nuevamente con una exuberancia renovada, evitando las presiones y los fracasos de la privatización y, en cambio, están proporcionando el florecimiento humano y la solidez ecológica.

En conclusión, la sensación de seguridad que proporciona la tierra, –ya sea como lugares de habitación, tramos de subsistencia o espacios de producción económica–, está establecida desde hace mucho tiempo, lo que, en última instancia, condujo al régimen de propiedad privada que existe, o que se está promulgando actualmente, en gran parte del mundo.

Sin embargo, nuestra comprensión está comenzando a cambiar: ya sea a fuerza de una amenaza ambiental catastrófica o en respuesta al abuso de los bienes comunes por siglos de procesos industriales y extractivos, un retorno en la ideología y la práctica a la resiliencia paradigmática del paisaje parece estar redefiniendo la visión de la propiedad privada en el "zeitgeist" contemporáneo y revivir empresas más necesariamente colectivas, e incluso empáticas, de tenencia de la tierra.

El cambio se evidencia en el surgimiento táctico *Bottom-up* de las granjas urbanas de Detroit y la revitalización concurrente del ejido como un sistema de administración ambiental. Mientras que la agricultura urbana se erige como una respuesta práctica a la plaga urbana y una protesta contra el desarrollo rampante en beneficio de unos pocos, el ejido está encontrando la manera de regresar a sus orígenes como una fuerza espacial estabilizadora, tanto social como ecológica. Ambas iniciativas de los 'movimientos de base' o grassroots, fundamentadas no solo en el uso comunal o colectivo de la tierra sino también en las cualidades de sustento inherentes a la tierra, deben entenderse como una respuesta a nuestra actual crisis ambiental. Como tales, estas iniciativas emergen como algunas de las primeras semejanzas de una nueva "seguridad de la tierra" basada no en la subsistencia necesaria, reclamos de estatus o incluso en el valor de mercado, sino en la comprensión de la inseguridad real que los humanos representan para la tierra y, por extensión, a sí mismos.⁴ Teniendo en cuenta las palabras de Bruno Latour, los humanos se han movido más allá de lo nacional, a través de lo global y luego a lo planetario; en otras palabras, un giro desde una ideología expansionista hacia el reconocimiento de la finitud del planeta y sus recursos. Los intereses estatales y privados todavía encuentran la tierra, directamente, en

el centro de una sensación de seguridad; ahora, sin embargo, les corresponde proveer y mantenerla como un medio de florecimiento humano y más que humano (Latour 2018, 33–58).

NOTAS FINALES

- 1 Un elemento central de este discurso ha sido *Evicted: Poverty and Profit in the American City* de Matthew Desmond (Nueva York: Crown Publishing Group, 2016) y *The Color of Law: A Forgotten History of How Our Government Segregated America* (Nueva York: Liveright Publishing de Richard Rothstein Corporation, 2017). Este discurso se extiende al trabajo de defensa de la justicia social, un ejemplo es el Laboratorio de Desalojos de la Universidad de Princeton.
- 2 Mucho se ha escrito sobre el auge de las granjas urbanas y las “agrihoods” en Detroit. Ver, por ejemplo: LaCroix, Catherine J. 2010. “Urban Agriculture and Other Green Uses: Remaking the Shrinking City.” *The Urban Lawyer* 42, no. 2: 225–85; Crane, Jeff. 2018. “Raising Change: Community Farming as Long-Term Ecological Protest.” In *The Nature of Hope: Grassroots Organizing, Environmental Justice, and Political Change*. Edited by Char Miller and Jeff Crane. Boulder: University of Colorado Press; Quizar, Jessi. 2018. “Working to Live: Black-Led Farming in Detroit’s Racialized Economy.” In *Racial Ecologies*. Edited by Nishime Leilani and Williams Kim D. Hester, 76–89. Seattle: University of Washington Press. Mientras que las granjas urbanas, como Oakland Avenue Urban Farm en el North End de Detroit, parecen estar más enfocadas en la seguridad alimentaria, las “agrihoods”, como la Iniciativa de Agricultura Urbana de Michigan, también en el North End de Detroit, parecen estar más enfocadas en el desarrollo de la tierra.
- 3 Mucho se ha escrito sobre la materialidad del “encerramiento” y el proceso de “encerramiento” como uno de “acumulación por despojo” y, en última instancia, globalización neoliberal. Ver, por ejemplo: Blomley, Nicholas. 2007. “Making Private Property: Enclosure, Common Right and the Work of Hedges.” *Rural History* 18, no. 1: 1–21; Blomley, Nicholas. 2008. “Enclosure, Common Right and the Property of the Poor.” *Social and Legal Studies* 17: 311–331; Vasudevan, Alex, et al. 2008. “Spaces of Enclosure.” *Geoforum*, 39, no. 5: 1641–1646; Harvey, David. 2003. *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press. Además, parte del discurso sobre el “cercado” examina explícitamente estos acaparamientos de tierras a través de una crítica del colonialismo. Ver, por ejemplo: Fields, Gary. 2011. “Enclosure Landscapes: Historical Reflections on Palestinian Geography.” *Historical Geography* 39: 182–207; Fields, Gary. 2017.

Enclosure: Palestinian Landscapes in a Historical Mirror. Oakland: University of California Press.

- 4 Además de la agricultura urbana, los métodos para retener los aumentos de valor para el público en los Estados Unidos incluyen fideicomisos de tierras comunitarias, acuerdos de participación en las ganancias, tarifas de vinculación, financiamiento de incrementos de impuestos y acuerdos de beneficios comunitarios. Véase también: Susan Fainstein. 2012. "Land Value Capture and Justice." In Land Value Capture and Land Policies. Edited by Gregory Ingram and Yu Hung Hong, 21–40. Cambridge, MA: Lincoln Institute of Land Policy.

REFERENCES

- Alba, Victor. 2021. "Emiliano Zapata | Mexican Revolutionary." *Encyclopedia Britannica*. Last modified January 5, 2021. <https://www.britannica.com/biography/Emiliano-Zapata>.
- Blair, James. 2018. "Conservation And Community In Laguna San Ignacio." National Resources Defense Council. Last modified May 3, 2018. <https://www.nrdc.org/experts/james-blair/conservation-and-community-laguna-san-ignacio>.
- Buchenaus, Jurgen. 2001. "Small Numbers, Great Impact: Mexico and Its Immigrants, 1821-1973." *Journal of American Ethnic History* 20, no. 3 (Spring): 23–49.
- Burlingame, Betsy. 2016. "5 Tips For Living In San Miguel De Allende, Mexico." Expat Exchange. Last modified September 5, 2016. <http://www.expatsexchange.com/ctryguide/4807/77/Mexico/Expat-Mexico-5-Tips-for-Living-in-San-Miguel-de-Allende,-Mexico>.
- Chevalier, Francois. 1963. *Land and Society in Colonial Mexico: The Great Hacienda*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- "Const. Art. 27 (Mexico)." *In Constitutions of the World* 12. 1988. Edited by Albert P. Blaustein and Gisbert H. Flanz, 23–32. Dobbs Ferry, NY: Oceana Publications.
- Covert, Lisa Pinley. 2017. *San Miguel De Allende: Mexicans, Foreigners, and the Making of a World Heritage Site*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Dalmia, Shikha. 2017. "The dark side of Detroit's renaissance." *The Week*, April 27, 2017. <https://theweek.com/articles/692770/dark-side-detroits-renaissance>.
- Davey, Monica, and Mary Williams Walsh. 2013. "Billions in Debt, Detroit Tumbles into Insolvency." *New York Times*, July 18, 2013. <https://www.nytimes.com/2013/07/19/us/detroit-files-for-bankruptcy.html>.
- Dewar, Margaret, and David Epstein. 2007. "Planning for 'Megaregions' in the United States." *Journal of Planning Literature* 22, no. 2 (November): 108–24.
- Eisenhower, Dwight D. 1963. *Mandate for Change, 1953–1956: The White House Years*. Garden City, N.Y.: Doubleday.
- Feloni, Richard, and Samantha Lee. 2018. "Billionaire Dan Gilbert has invested \$5.6 billion in nearly 100 properties in Detroit – see the full map of exactly what he owns." *Business Insider*, August 30, 2018. <https://www.businessinsider.com/dan-gilbert-detroit-properties-bedrock-map-2018-8>.
- Harvey, David. 2012. *Rebel Cities: from the Right to the City to the Urban Revolution*. London and New York: Verso.
- Kelly, James J., Jr. 1994. "Article 27 and Mexican Land Reform: The Legacy of Zapata's Dream." *Columbia Human Rights Law Review* 25, no. 2: 541–70.
- Keith, Robert G. 1971. "Encomienda, Hacienda and Corregimiento in Spanish America: A Structural Analysis." *The Hispanic American Historical Review* 51, no. 3: 431–46.
- Kraul, Chris. 1999. "Americans Face Eviction From Baja Resort Homes: Mexico: 150 Homeowners, Many Of Them California Retirees, Are Caught Up In A Complex Land Grant Dispute." *Los Angeles Times*, September 3, 1999. <http://articles.latimes.com/1999/sep/03/news/mn-6343>.
- Lacayo, Richard. 1998. "Suburban Legend William Levitt." *Time*, December 7, 1998. <http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,989781-1,00.html>.
- Latour, Bruno. 2018. *Down to Earth: Politics in the New Climatic Regime*. Translated by Catherine Porter. Medford, MA: Polity Press.
- Lagos, Joshua Emmanuel. 2005. "NAFTA and Rural Mexico: An Analysis of ORW1S34RfeSDcfkexd09rT2Ejido1RW1S34RfeSDcfkexd09rT2 Communities." Order No. 1426226, American University. <https://search.proquest.com/dissertations-theses/nafta-rural-mexico-analysis-i-ejido-communities/docview/305024687/se-2?accountid=14512>.
- Locke, John. 1690. *Two Treatises of Government*. London: A. Churchill.
- Markusen, Ann et al. 1991. *The Rise of the Gunbelt: The Military Remapping of Industrial America*. Oxford: Oxford University Press.
- Mauze, Ann. 2018. "If You're Thinking of Retiring in San Miguel De Allende." *The Wall Street Journal*. April 19, 2018. <https://www.wsj.com/articles/if-youre-thinking-of-retiring-in-san-miguel-de-allende-1524148625>.
- OECD. 2017. *Tourism Policy Review of Mexico (OECD Studies on Tourism)*. OECD Publishing.
- Paterson, Kent. 2018. "Mexican Landowners Renew Protests At International Resort". *Nmpolitics.Net*, April 25, 2021. <https://nmpolitics.net/index/2018/03/mexican-landowners-renew-protests-at-international-resort/>.
- Perkins, Tom. 2017. "On urban farming and 'colonialism' in Detroit's North End neighborhood." *Detroit Metro Times*, December 20, 2017. <https://www.metrotimes.com/detroit/on-urban-farming-and-colonialism-in-detroits-north-end-neighborhood/Content?oid=7950059>.
- Soja, Edward W. 2010. *Seeking Spatial Justice*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- "The Geography Of Silver Mining In Mexico." 2016. *Geo-Mexico: The Geography and Dynamics of Modern Mexico*. Last modified June 20, 2016. <http://geo-mexico.com/?p=9664>.

"The Real Cost Of Living In San Miguel De Allende, Mexico." 2016. Escape from America. Last modified November 2016. <http://www.escapefromamerica.com/2016/11/cost-of-living-san-miguel-de-allende-mexico/>.

"The Reform of Article 27 and Urbanisation of the Ejido in Mexico." 1994. *Bulletin of Latin American Research* 13, no. 3: 327–35.

Vale, Lawrence J. 2007. "The Ideological Origins of Affordable Homeownership Efforts." In *Chasing the American Dream: New Perspectives on Affordable Homeownership*. Edited by William M. Rohe and Harry L. Watson, 15–40. Ithaca: Cornell University Press.

Weiner, Tim. 2000. "Americans Find Their Beachfront Dreams Washed Out In Mexico." *New York Times*, November 1, 2000. <https://www.nytimes.com/2000/11/01/world/americans-find-their-beachfront-dreams-washed-out-in-mexico.html>.

IMAGES

Figure 1a:

Moss, Brian. "Levittown and the Suburban Dream of Postwar New York." *New York Daily News*. August 14, 2017. <https://www.nydailynews.com/new-york/levittown-suburban-dream-postwar-new-york-article-1.820845>.

Figure 1b:

Herrera, Esther. "Señalan riesgos en ejidos por la reforma energética." *Milenio*. January 19, 2015. <http://www.milenio.com/estados/senalan-riesgos-en-ejidos-por-la-reforma-energetica>.

Figure 2a:

Sands, David. "Looking back on a decade of growth in Detroit's urban ag movement." *Model D Media*. September 14, 2015. <http://www.modeldmedia.com/features/10-years-urban-ag-091415.aspx>.

Figure 2b:

Ejido Verde. Untitled. *Poco a Poco*. Undated. https://static1.squarespace.com/static/59966ee4cd0f68504835c1f8/t/5b00868388251b93762a8f47/1526761107545/EJIDO+VERDE_WEB-8.jpg?format=1000w.